

NOTAS SOBRE UNA CONFERENCIA

La interrogante "¿una lengua más pobre?" presidió las ponencias de Julio Llamazares, Jesús Sánchez Lobato y Alonso Zamora Vicente el tres de marzo de este año. La sesión tuvo lugar en el Paraninfo de la Complutense dentro de las jornadas sobre últimas tendencias de la literatura española, que organizaron la Asociación Colegial de Escritores y dicha Universidad. Aportamos tanto detalle puesto que intuimos el desconocimiento general que, en torno a estos actos, existe en este rincón propicio al recogimiento y, no obstante, a trasmano de Dios.

Luego de la presentación de rigor y de nuestro asombro ante la escasez de asistentes, sólo aliviada por la presencia de algunos alumnos de Instituto, comenzó su discurso el profesor y vicedecano Sánchez Lobato. Sus primeras palabras buscaron eliminar cualquier equívoco acerca de la respuesta que se solicitaba en el título del programa, a saber, "la lengua de hoy no es más pobre que la de otras épocas". La argumentación que siguió a tal aserto se centró en una exposición de la dialéctica lengua-sociedad. Aquella procura acomodarse a ésta de modo que resulte de este ajuste la expresión lingüística de la cultura de una época; así, sociedades históricas distintas se manifiestan a través de símbolos diferentes que, naturalmente, también incumben a la lengua. La apreciación expuesta no niega la proliferación actual de malos escritores, cuyo rasgo característico estriba en la ignorancia de la sintaxis y de la morfología del español. Conviene reconocer con tristeza que entre los valores sociales que dominan nuestro tiempo no se incluye el manejo ágil y correcto de nuestra lengua. La literatura, en opinión final del profesor Sánchez Lobato, dialoga con un contexto social gracias a esos extraordinarios maestros de la lengua, que son los buenos escritores, en los que se advierte, sin embargo, un destacado acercamiento a la variante coloquial.

Julio Llamazares abrió su breve y precisa alocución sin ambages: "sin duda, si estamos ante una lengua más pobre, nos empobrecemos". A renglón seguido, detalló las cinco causas, a su entender, de este fenómeno:

1.- La desruralización de la sociedad española -proceso acelerado en los años sesenta y setenta-. Los usos y costumbres de tan amplia variedad de regiones fueron desplazados por la cultura industrial y urbana al olvido o al recuerdo de los más viejos; y ya se sabe que culturalmente la ciudad uniformiza. Además, hemos eliminado de nuestro vocabulario una larga serie de términos que designaban objetos y labores propios de un entorno pluriforme.

2.- La tecnificación de la educación. La lengua, en nuestra formación como estudiantes, se troca en transmisora de tecnología y es presidida por las jergas a las que aboca la especialización.

3.- El impacto de los medios de comunicación social con su lenguaje inmediato y sintético "desliteraturaliza" los mensajes.

4.- El imperio de la imagen, arrogante con su supuesto de contar más y en menos tiempo que, en muchos casos, prescinde de la comunicación lingüística.

5.- La colonización cultural a cargo de sociedades más poderosas económicamente, que suscita entre técnicos, policastros, rúbulas y alfeñiques mentales una fruición estúpida por imitar, pavonearse en el ámbito angosto del cosmopolitismo de salón y constreñirse a un aldealismo emulador.

A la educación, como más tarde aludiera el adadémico Zamora Vicente, debemos acudir, como remedio de nuestros males, con el firme propósito de no caer en el viejo maniqueísmo ciencias-letras, o en la moderna tiranía de aquéllas, y buscar un equilibrio justo y de mutuo enriquecimiento entre unas y otras.

En cuanto a la literatura que hoy se escribe, hay que señalar que no es ajena a este proceso empobrecedor del, que se contagia por su calidad de manipuladora del lenguaje.

La astucia, serenidad e ironía que dan los años empaparon toda la digresión del literato y académico Alonso Zamora Vicente. Con una sutilidad prodigiosa se apostó en la tierra de nadie que se extendía entre los frentes abiertos por sus predecesores en el uso de la palabra. "No hay lenguas pobres o ricas", aseguró Don Alonso frente a un auditorio que ignoraba el maravilloso viaje que le aguardaba a través del dilatado campo de la etimología y la creación literaria en castellano. Se citaron textos de los hombres más ilustres de nuestras letras, los avatares de las disputas dieciochescas y novecentistas entre afrancesados y castizos, y, cómo no, nuestra deuda para con el italiano y el francés. En todo ello una verdad se revela no disimulable: la ignorancia lingüística de formidable extensión social no debe jamás confundirse con la pobreza de la lengua y si a algo se debe ahora la penetración del inglés en nuestra expresión es a la ignorancia de la lengua propia y, a otra razón más profunda, a la falta de amor al trabajo de los españoles, que asisten perplejos a la innovación técnica extranjera. "Que inventen ellos", dijo Unamuno. Sólo si los españoles creamos técnica e investigamos en el campo científico, podremos bautizar nuestros adelantos en español. En otro tiempo los vocablos importados para designar estancias, aparatos y situaciones atacaban por mediación de las clases sociales más favorecidas económicamente; hoy la cultura de masas facilita la invasión de lo "nuevo" por todas las capas sociales. La exigencia última, con el fin de no echar a perder el caudal mirífico de nuestra lengua, consiste en la buena educación y formación cultural de nuestros hablantes, que pasa (sin aspavientos, señor ministro), por el conocimiento de las lenguas que en el transcurso de los siglos han engendrado el castellano -entiéndase, verbi gratia, el latin-. Recordemos siempre al Unamuno que escribió algo parecido a que "la lengua es la sangre del espíritu", y, ojalá, procurásemos nosotros restañar la hendidura y evitar que la sangre de un legado de centurias nos chorree desde las manos yertas.

Enrique Aguado